

REPERTORIO AMERICANO

Tomo 9

Núm. 8

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 27 DE OCTUBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: Una página de estética, por Leopoldo Lugones.—Gimnasio obrero, por Germán Arciniegas.—La radiotelefonía y las estrellas.—Los pactos de Washington, por Manuel Sáenz Cordero.—El sino del hombre de acción, por Luis de Zulueta.—Otros sonetos, por J. Eustasio Rivera.—Un elogio de Costa Rica, por Rómulo Tovar.—¿Juventud?, por Carmen Lira.—La rueda simbólica.—El pensamiento de Guerra Junqueiro, por Luis Araquistain.—Los escritores y artistas y su manifiesto, por Fernando Santivan.—El contagio militarista.—La dictadura y la libertad de prensa.—La Edad de Oro (con un cuento para niños).

Una página de estética

(De *La Nación*, Buenos Aires)

=Discurso pronunciado en la Inauguración de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad de La Plata.=

EXISTEN en la raza blanca a la cual pertenecemos, dos clases de gente: una que conforma su conducta sobre el criterio de belleza, y otra que rige la suya por el criterio de verdad.

Aquella es la gente greco-latina, de la cual somos a nuestra vez, y que llamaba a los otros *bárbaros*, por lo mal que pronunciaban el griego y el latín: impresión cacofónica, según se ve, lo cual comporta ya una prueba.

El predominio de la eufonía en el primero de aquellos idiomas era tal, que determinaba la formación de la frase. En el latín culto, que hoy llamamos clásico, el ritmo de los períodos era tan indispensable, que el público del Foro y de la asamblea electoral lo exigía a los oradores, marcándolo por el pulso o con el pie; en cuya virtud, los más elocuentes remataban sus párrafos con cláusulas equivalentes a versos. De ahí que la mala pronunciación les resultara intolerable a los griegos y a los latinos; y con ello, definida la barbarie por esa impresión antiestética.

Tendencia imperiosa hasta hoy, constituye una revelación del temperamento gentilicio, que es resultante de fuerzas desconocidas, era acción milenaria y fatal durante la prehistoria de la especie. Así lo revela, desde luego, su irrefragable dominio. Para nosotros, como para los atenienses, el ridículo es mortal; y por firmes que sean nuestras nociones morales, la belleza del argumento o de la actitud constituye una justificación. Un período elocuente nos interesa más que la enunciación de una verdad; y este predominio de la sensibilidad sobre la razón nos torna escépticos: es decir, atentos a la experiencia sensible más que a la satisfacción intelectual. De aquí, también, la despreocupación y la benevolencia. Aquello extremábase en el griego hasta el menosprecio de la verdad. *Graeco mendax* era una despectiva clasificación romana. El romano, a su vez, fué el más tolerante de los hombres. Séneca dijo que la tolerancia es la primera de las virtudes sociales.

Por estas razones, así como por nuestro desconocimiento de sus fuerzas constitutivas, inexorablemente ocultas en el misterio prehistórico, empeñarse en modificar el temperamento gentilicio no es más que atormentarlo con estéril violencia. Si aquello de «genio y figura hasta la sepultura» es cierto, para el individuo, cuánto

más no lo será para una entidad tan antigua como nuestra gente!

Entonces, el predominio de la emoción de belleza sobre la noción de la verdad constituye naturalmente la norma de conformidad con la vida, a la cual arreglamos nuestra conducta. Que éste es el modo de vivir en armonía con la sociedad y consigo mismo.

Adviértase, todavía, que dicha conformidad resulta, de suyo, un estado de satisfacción, buscado por el individuo y por la sociedad como el objeto mismo de la vida. Cuando uno y otra lo disfrutan sin contrariarse, antes con agrado recíproco, este bienestar armonioso recibe el nombre de civilización.

La civilización greco-latina, la nuestra, pues, está fundada en la belleza.

Pero, antes de argumentarlo como se debe, porque voy a sostener, no sólo que es la mejor, sino quizá la única merecedora de ese nombre, deseo apoyarme con dos pruebas, mediante el sistema leal que consiste en perseguir la lógica del postulado hasta sus últimas consecuencias.

¡Qué cosas tan opuestas en apariencia a la belleza formal, como la legislación penal o las revoluciones políticas!

Pues, oíase este comentario de Cicerón sobre la ruda ley de las Doce Tablas. En una frase al pasar, tan luego como la admiración del autoritario texto lo conmueve, aparece el artista. Que no en vano fué el primero de aquellos melodiosísimos oradores: *Admiror nec rerum solum, sed verborum elegantia*: no sólo admiro la cosa, sino la elegancia de su expresión. Así, desde tiempo arcaico, bajo la choza y el sayo rústico, cuidaba el latino su buen hablar hasta en la ley primitiva.

¿Y qué hacen nuestros padres en la tremenda hora del alzamiento en guerra contra el yugo del rey, cuando provocan a las potencias de la tierra, por lo menos sospechosas, si no hostiles, desamparados del derecho y de la fuerza, pobres como verdaderos paladines de aquella suprema andanza que no había de parar hasta la libertad o la muerte; sin otro sostén que el propio riesgo, en el arrebatado alado de su esperanza, ni otro consejo que el del propio corazón, avanzado como de punta en la invitación del desnudo acero?

Pues componen un himno: inventan, cortándola del cielo, una bandera hermosa; y convocando al mundo entero, juntamente heraldos y campeones de la libertad:—¡oíd mortales!—estampan el sol por triunfo y se lo juegan en la carta del destino.

La primera palabra de la Patria es un verso y rompe cantando.

El pabellón de la Patria es un símbolo celeste como las imágenes de la poesía: y su mismo origen religioso,

los colores de Nuestra Señora de los Buenos Aires, patrona, así, del viento, como la Atenas griega, blasonan la devoción de belleza que es todo culto virginal.

Antes de constituir un hecho territorial y político, la Patria está ya realizada en belleza. Es una inspiración. Su primera posesión es el cielo, no la tierra. Concebida en un ensueño de gloria, nace en un cántico:

Se levanta a la faz de la tierra...

Aquella luz delantera que es la inspiración, le asegura la inmortalidad en el concierto de las Naciones. El himno, que empieza convocando en su nombre a «los mortales», concluye anticipándole la salutación de «los libres del mundo». Lo augusto de esa afirmación es que se ha cumplido. La Patria existe en belleza y en verdad.

¡En belleza! Esta es la razón capital de la gente greco-latina. Así el helenismo cuyo fundamento está en los poemas homéricos, fué una obra de arte. Alejandro, su maravilloso ejecutor, tenía la Iliada por libro de cabecera. La norma de su conducta era un verso del poema inmortal que éste pone, todavía, en boca de Helena ⁽¹⁾. El Imperio macedonio, como antes el ateniense, fueron, sin sin duda, obras guerreras y políticas. Pero no subsistieron sino como estados de cultura: aquella cultura fundada en la belleza, desde la escuela primaria hasta el gimnasio militar. Entonces como ahora, la belleza de la Patria era más importante que su política.

De aquí que la civilización griega, a la cual esencialmente pertenecemos, se define por su arte.

No existe, tampoco, sino un arte al cual pueda recurrir la gente europea para saber la razón de la Belleza, develando, así, su secreto: el arte griego, que ha sido hasta hoy el único racional, dado el modo de concebir de dicha gente.

Por natural aproximación, ello sale más comprensible aun para la mente latina, que es la nuestra: con lo cual nos resulta un gozo espiritual. No goza así el latino; sino entendiendo, porque es un esteta natural; o, dicho en otros términos, un filósofo de la Belleza.

Indagando los motivos de su emoción, la civiliza y disciplina: y completa al artista, engendro del instinto, con el crítico, que es un producto racional. Así se constituye el esteta.

Lo que poseemos de pintura y de música griegas es tan escaso que no permite sacar consecuencias firmes al respecto; mas la arquitectura, la escultura y la literatura revelan que el arte griego era canónico en todas sus ramas: es decir que estaba sujeto a una norma fundamental cuya realización imponía módulos o unidades fijas de referencia.

Así, en arquitectura impera hasta hoy el semidiámetro del cuerpo basal de la columna, porque a virtud de un principio natural que vincula con el árbol, o sea con el primer abrigo y sostén, al arte de construir, los órdenes griegos se definen por la columna. Y como hasta hoy no han podido existir en el mundo europeo otros tipos arquitectónicos, la arquitectura sigue gobernada así. Es decir que continúa siendo griega, y que, probablemente, no puede ser otra cosa. Los griegos, por lo menos hasta hoy, habían agotado, pues, sus posibilidades típicas. Los tres órdenes son como los tres colores fundamentales con los cuales relaciónanse, quizá, en una remota profundidad biológica: pueden engendrar otro por combinación, pero, substancialmente, son los únicos. Conocemos también los módulos escultóricos: el palmo, a mano abierta, y la cabeza; sin contar el módulo *fidiano* que consistiría en la razón matemática de la espiral logarítmica, resultando, con ello, perfecto y universal.

En la literatura, o, mejor dicho, en la poesía, cono-

ecemos el sistema riguroso de los *pies* o cantidades silábicas que constituyen el ritmo.

Ahora bien, el ritmo, conforme lo tengo demostrado ⁽¹⁾, proviene del fenómeno natural de la palpitación cardíaca que apreciamos en el pulso; de suerte que es la manifestación de la armonía vital, perceptible en el funcionamiento normal de nuestro organismo: una ley natural de la vida, que así resulta gobernando a las dos artes de expresión: poesía y música.

Pero, veamos algo de mayor trascendencia aún.

La proporción, o norma de la belleza griega, es también audición fundamental de la vida; y por esto los antedichos módulos eran fenómenos vitales regulares, como el ritmo, miembros completos en su propia complejidad, como la mano y la cabeza, o prototipos de construcción orgánica como la espiral logarítmica que describe la disposición de las hojas en las plantas, llamada *filotaxis* y el caracol regular de los moluscos testáceos. Pero, volvamos a la norma vital de la proporción.

El organismo proporcionado, o sea aquel en que mejor se compensan los órganos y funciones, es también el que mejor y más vive. Por esto, la impresión principal que causa la belleza griega es la serenidad.

La serenidad manifiesta, en efecto, la confianza de vivir que le resulta al ser de hallarse bien organizado. La vida es un equilibrio de fuerzas estéticas y dinámicas que persiste sólo cuando dichas fuerzas son proporcionales entre sí.

Para quien sepa geometría, ello adquirirá vastísima trascendencia, si recuerda que la espiral logarítmica, por su definición, imposible de explicar y comentar aquí, es aquella que corta en el mismo ángulo todos los radios rectores.

El canon de proporción de Fidias, o sea la razón de dicha espiral, constituye, pues, una fórmula científica, estética y moral que resume los arquetipos: Verdad, Belleza y Bien.

Y he aquí develado, pues, el secreto capital de la Belleza.

«Consiste en la norma de la proporción vital».

Pero, al decir platonizando que los arquetipos realizan la simultaneidad trinitaria del Ser Supremo: «la Vida» trina y una, no debe significarse con ello la equivalencia substancial de la Verdad con el Bien y la Belleza.

Sino que cada uno de ellos: el último, por ejemplo, lleva en sí mismo *su* verdad y *su* bien.

Cuando contemplo como esteta una mujer fea, y me dicen: sí, pero es muy sana y hacendosa, respondo que eso le interesará al médico, a la familia, a la sociedad, pero no a mí: Porque la moral y la bondad de la Belleza, están en la Belleza misma.

Así también la Verdad suficiente, o sea aquella que satisface mi raciocinio y mi experiencia, me resulta hermosa y buena como verdad. Y con el Bien sucede lo propio.

Si razono con este criterio la verdad, descubro que esa condición esencial de suficiencia, sin la cual no me resulta satisfactoria, vale decir aceptable, es también proporcional a mi experiencia y mi raciocinio. Por esto, la unidad de la verdad es una quimera. Pretende corresponder a una capacidad «común» de saber y de raciocinar que no existe ni puede existir.

La creación artística requiere a su vez en el creador el «don de Belleza»; «el artista nace», con lo cual definimos esa potestad como un instinto.

Y he aquí otra de las fases del Secreto de la Belleza: ese instinto es el mismo del amor. Engendra, como él, en el placer que da vida.

El misterio de la Belleza revélase, conscientemente o

(1) L. Lugones, *La Funesta Helena*, pág. 45,

(1) L. Lugones, *El Payador*, capítulo V.

no, en cada artista, como el del amor; y así, también, como cada ser que ama engendra otro ser, con caracteres comunes a todos los de su especie, pero individualmente distinto de cualquier otro, cada artista crea una obra singular que jamás podrá repetirse. El don del arte es una excelencia nativa completamente individual; y con esto, fatalmente aristocrática. Mas, la superioridad de las civilizaciones de belleza está en que, así, resultan gobernadas por los mejores aristócratas. Aquellos por las cuales reporta un goce la ineluctable jerarquía.

Y acá entro ya de prisa a formular las consecuencias definitivas, para lo cual me transcribiré con brevedad, conceptuando vanagloria el ponerlo en otras palabras.

Siendo los sistemas religiosos, filosóficos y morales fórmulas de conformidad con la vida, han menester de principios en qué asentarse.

«Para las razas de belleza, dichos principios consisten en las obras de arte, que una vez realizadas vienen a constituir seres eternos, quienes gozan de la inmortalidad, que es la verdadera vida. Al propio tiempo, como la obra de arte es un fenómeno personalísimo, un engendro tan individual como el de un hijo de carne y hueso, el individualismo de aquellas razas nace de suyo, al resultar el estado superior para el hombre.

«Las razas de verdad aspiran también a la constancia y permanencia de sus principios; pues la conformidad con la vida es un estado dichoso que el hombre desea conservar eternamente. Pero como las verdades de la observación y de la experiencia son mudables por su índole, aquellas razas han menester de otras distintas que vienen a ser los dogmas; y para que duren indefinidamente, si es posible, necesitan asimismo sustraerlas al imperio de la razón: con lo que resultan afirmaciones cuyo análisis es imposible o peligroso. Al propio tiempo, como la permanencia de afirmaciones semejantes depende del acatamiento que se les preste, sometién dose a ellas, puesto que comprenderlas no es posible, su aceptación colectiva viene a constituir un caso de obediencia impersonal, y el colectivismo es su consecuencia.

«La acción exterior o irradiante de unas y otras consiste para las primeras en la influencia espiritual, y para las segundas en la conquista material. Aquéllas influyen por medio de la simpatía, éstas por medio del terror. La razón de la actividad humana es para las unas el encanto y para las otras el provecho. Aquéllas preferirían la libertad defectuosa y difícil. Estas las comodidades que suministra el despotismo (1)».

El encanto de la vida, al hacer de ella una obra de arte, impone la norma de belleza a todo lo que con ella se relaciona o la constituye. Así, desde en la palabra y en la actitud, hasta en el mueble ordinario y en el utensilio casero del griego antiguo.

La vitalidad más persistente, el encanto predominante y la mayor naturalidad de su constitución, hacen que nuestra civilización sea la mejor, sin duda; y por su finalidad dichosa, la única que tal vez merece este nombre.

No quiero decir, por ello, perfecta. Somos mejores, pero no irreprochables. A nuestras cualidades, corresponden defectos notorios: el excesivo temor al ridículo, la tendencia a la molición, la inconstancia en la acción, la falta de respeto a la verdad...

El estudio de un carácter cualquiera comprende las cualidades y los defectos que lo forman.

No he querido hacer la apología del nuestro, sino determinar por dicha índole, cómo es que la fundación de una Escuela de Bellas Artes en esta Universidad argentina, constituye un acto de gran trascendencia patriótica, un verdadero acontecimiento nacional. Si hemos de inferirlo por la peculiaridad dominante, aquí prospe-

rarán los fenómenos más fecundos de la educación argentina. Puesto que es aquí donde iremos conformando a nuestra imperativa norma de belleza, la libertad, la verdad y la bondad. ¿Qué valdrían la libertad grosera, la verdad odiosa por amarga, la bondad sin encanto? Nuestra ventura consiste en quererlas floridas de gentileza, de dulzura y de gracia. Que nuestro propio oro de gastar se parezca más, por la elegancia del cuño, a una medalla que a una moneda. Que nuestro trigal sonría en la sociedad de la amapola vagabunda. Que en nuestro pozo cante la roldana en vez de chirriar, y en nuestro alero se hospede la golondrina.

Señores: Para todo buen ciudadano, el porvenir de la Patria es más importante que su pasado y su presente. Así la vida se le herosea de valerosa conformidad, por lo mismo que no ha de verlo. En esta eterna construcción, de la cual somos jornaleros transeuntes, va vinculándonos a cada generación la adaraja de la muralla inconclusa. Quedamos, así, viviendo por nuestro esfuerzo en la Patria viviente. Lo mejor de nuestro ser permanece, de esta suerte, inmortal, en el sillar que labramos. Lo único insignificante es la muerte, que nos releva imponiéndonos en el reposo la nobleza de la serenidad, y en el olvido la belleza espiritual de las sombras largas.

La fortaleza de la gente greco-latina consiste en la indiferencia de la muerte. Como que la muerte es negación, y toda negación es mengua. La afirmación de vivir en belleza, practicando la vida como un arte, para que su actividad sea un encanto, define el objeto de la vida por el ejercicio feliz de la vida misma. Este es, en suma, el resultado estético más alto; y por no haberlo entendido así fracasa el cristianismo tras dos mil años de heroica abnegación.

Sea, entonces, Atena, la patrona de todo esfuerzo útil embellecido por el arte, quien proteja con su gracia nuestra esperanza y nuestro amor. Pongamos a su amparo en estado de hermosura nuestras almas, dichosas de vivir el instante fugitivo, como el soplo pasajero canta en la flauta de la diosa.

Y que bajo sus ojos azules cuya mirada es el mismo cielo que embandera la Patria, tome buen viento nuestra vela y dé buen rinde nuestra cantera de mármol.

LEOPOLDO LUGONES.

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSE INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

(1) L. Lugones, *La Fiestra Helena*, págs. 20, 21 y 23.

Gimnasio obrero

(De *Cromos*, Bogotá)

=Discurso leído en la inauguración del Gimnasio Obrero de Bogotá, el 19 de mayo pasado, en la fiesta presidida por la Reina de los Estudiantes de Bogotá, doña Elvira I, y a la cual concurren los alumnos del Gimnasio Moderno en representación de la Cruz Roja Infantil.=

COMO una teoría de optimismos pasa ante nuestros ojos el cortejo de las visiones venturosas. La llama de nuestro hogar recibe hoy tributos generosos que dejarán hondo recuerdo entre los habitantes de esta casa.

Trasmutado, cobra nueva vida el rito que para renovar el fuego en el altar de la familia, agrupaba a los hijos de Roma en esta misma fecha. El descubrimiento, hecho desde una época tan remota, de un símbolo tan perfecto, no ha sido superado todavía por la estética de los tiempos contemporáneos. Bajo el Arco del Triunfo y en la plaza de Washington se alimenta una llama, que es la llama del recuerdo, como ofrenda inextinguible en homenaje a los héroes de la guerra. Para honrar la memoria de los padres y cambiar las promesas que habrían de ennoblecer el futuro, el 19 de mayo se daban cita los romanos en el lugar iluminado por el misterio de los destinos.

Primero de mayo de nuestra era, camaradas de la Casa del Pueblo. Nos hemos dado cita para fundir corazones y ofrecer voluntades en torno a la nueva filosofía del mundo, que es la filosofía del trabajo. Nuestra fiesta no viene a recordar a los héroes que presentaron el hierro de las armaduras para fundir las cadenas de la esclavitud, ni se convoca en memoria de la sangre derramada en las trincheras de los imperialismos, no: únenos un sentido espiritual más democrático, y el fuego nuestro es un fuego de purificación. Queremos devolverle al pueblo la conciencia lúcida que le robaron instituciones seculares. Es fuego de amor y es fuego de promesa y en donde ese fuego prende hay siempre una rebeldía, que no es sino un anhelo heroico de redenciones viriles.

Recibimos en este palacio de nuestra fortuna huéspedes que nos alientan en una empresa que define casi todas nuestras esperanzas. Ved qué gentes tan buenas han venido a unir a los nuestros sus votos porque este Gimnasio tenga larga vida. Aquí está el pueblo de los doce años esperando que una escuela orientada por los senderos de sus propias inquietudes haga en sus almas el renacimiento de la educación. Aquí están los obreros ya endurecidos por la lucha, echando a vuelo sus esperanzas mejores porque se llene de claridad el porvenir de sus hijos. Aquí están ofreciéndole su amistad a los niños de nuestra escuela sencilla los que mayor beneficio recibieron de la fortuna, los que quieren compartir las angustias del niño pobre y alegrar los pensamientos del niño triste. Aquí están algunos amigos del pueblo que conocen el camino de esta casa y que son bienvenidos, porque mientras ellos se acercan amistosos y cordiales, otros se alejan con su desdén y con su orgullo para evitar el contacto de la vida, ese contacto de las manos que el trabajo hizo recias o que la lucha ingrata martirizó en las batallas del mundo. Y aquí está para presidir toda la hora grande de esta fecha una reina de la juventud, que es toda una reina del espíritu nuevo.

Primero de mayo, inicial roja de nuestros almanques... Cuántas manos han venido para hacer que nuestra hoguera brille con resplandores claros. Camaradas nuestros en este día de fe: recibid en nuestro saludo la ofrenda de una grande emoción. De nuestros labios ha de salir una idéntica plegaria y en un ritmo igual seguiremos la curva de los tiempos con la fe del trabajo a flor de nuestras almas.

Qué distinta es la perspectiva de la ciudad cuando se la contempla desde el ángulo de un barrio pobre. Con qué distinto criterio se explican las cosas, cuando el ambiente de estas calles nos han sorprendido en la mitad de nuestros juicios. Cuando llegue a vuestros oídos, habitantes ricos de la ciudad, la noticia de cualquier acto ejecutado por gentes sin fortuna, no juzguéis, porque no podréis juzgar: buscad explicaciones primero en la atmósfera densa que se cierra para que languidezcan desde el primer día los hijos del pueblo. Tened presente siempre que los actos del desheredado se explican, y sed espectadores antes de ser jueces. Yo nunca he sentido tan profundamente el delito de la indiferencia humana, como cuando he atravesado la zona en donde la ciudad ofrece único refugio a quienes pulieron las piedras ásperas de nuestros capitolios, pero no cogieron los racimos de la fortuna en las ramas tendidas al capricho de los destinos.

No acierto a comprender cómo el delito y la virtud y la responsabilidad no se relacionan necesariamente, en el ánimo de los que juzgan, con esta geografía humana de los suburbios. Entre la sociedad que permitió la vida miserable de sus hijos y esas víctimas de la indiferencia ciudadana, creo que la responsabilidad mayor no puede recaer sobre los pobres. Grave culpa la de quienes dejan margen abierto para la tragedia que llena de sombras el laberinto de los arrabales. Condenemos a la sociedad que prestó ambiente de delincuencia a los infantes de su pueblo, como si para darles una ventana a la vida les hubiera abierto un muro frente a la tierra de las maldiciones.

La cita de hoy tiene su genio de protesta que no tendríamos motivo para ocultar. Creo que hay aquí la certeza de una gran obra que se inicia. Pero nadie ignora que al inaugurar este Gimnasio, estamos formulando una censura a quienes no se convencen de que es un deber social hacer lo que nosotros, en la escala tan breve de nuestras posibilidades, pretendemos ahora.

Esta censura va directamente contra el espíritu de lo que ha dado en llamarse, y muy probablemente con justicia, la instrucción pública. No pretendemos enseñar a leer a los millones de colombianos que se han quedado sin saberlo o porque no encontraron escuelas o porque carecieron de una blusa para cubrir sus desnudeces en los salones de clase. No hemos pretendido hacer de la nuestra una campaña contra el analfabetismo. Y no se crea por eso que es humilde nuestro intento, porque lo que pretendemos representar es algo más grande, algo que en su significación esencial vale más que muchas escuelas. Queremos que se haga en la conciencia de todos un concepto distinto de lo que es la escuela y de lo que es el niño. Queremos decir que hay escuelas que no son un beneficio, y buscamos para decirlo una elocuencia que se puede comparar a la de las cajas escolares, cuando dan a entender cómo hay beneficios que no pueden recibirse cuando hay hambre o cuando hay frío.

La obra del Gimnasio obrero está dando frutos en plenitud el día en que los trabajadores, con la misma urgencia con que hacen sus reclamos para que se les pague un justo salario, salgan a exigir escuelas, distintas de las que hoy se les ofrecen, porque éstas no corresponden a elementales y simples urgencias de la población escolar.

Hijo del obrero, centro de la futura república, fuerza viava de una redención indiscutible, cifra del poder, germen de la voluntad: no queremos que se os humille, no queremos que languidezcan ni vuestro espíritu ni vuestra fuerza, no queremos que nada turbe vuestro crecimiento armonioso, no queremos que se envenene vuestra idealidad para privarla de la gozosa contemplación estética, queremos que todo en vosotros se perfeccione, que todo se dignifique y que nada se establezca para deprimiros. Seremos amigos de vosotros bajo la sombra protectora del árbol y en la edificación integral de nuestras ciudades.

Ni el muro ni la rama será privilegio de una casta y la sombra se hará para todos, y la luz y la vida.

Rompamos el horizonte, como si quebráramos un cántaro oscuro, para que rueden las fuentes universales y limpias. Signo feliz es éste de los amigos que llegan del Gimnasio Moderno. La Cruz Roja ampara una confraternidad que, de ser perdurable, unirá con vínculos áureos la suerte de Colombia, así como el casco de Atenea, en la obra de Fidias, se unía a la cabeza de marfil con lazos de oro. Hoy todos vosotros sois estudiantes y la visión futura debe ofrecerse con la misma generosidad para vosotros. Mañana, cuando el orden del mundo os separe, tendréis que recordar vuestra amistad de hoy y la colaboración sincera de vuestros esfuerzos no habrá de turbarse ni con egosmos ni con imperios.

Y aquí volveremos cada vez que esta fecha se repita, a renovar los votos cordiales bajo los mismos signos llenos de promesa.

GERMÁN ARCINIEGAS

La radiotelefonía y las estrellas

(De *El Sol*, Madrid).

EN el último número del semanario *T. S. H.* recuerda Luis de Zulueta los primeros días de la invención del antejo de Galileo. «Subí—escribía el 21 de agosto de 1609 el cronista de Venecia—al campanario de San Marcos con el excelente Sr. Galileo y el señor Zacarías Coutarini para ver las maravillas y singulares efectos del tubo del citado Galileo, con el cual, puesto en un ojo y cerrando el otro», vieron las personas que subían y bajaban de las góndolas y entraban y salían en la iglesia con tal proximidad, que hasta pudieron conocerlas y distinguir las por sus nombres. Con aquel aparato, que no parecía sino un lindo juguete, Galileo descubrió los montes de la Luna, los satélites de Júpiter, revolucionó la astronomía de su tiempo, y con la nueva astronomía vino un nuevo concepto de la Naturaleza y de la vida humana. Otro lindo juguete óptico que al principio no sería más que para mirar los poros de la piel, la cabeza de los insectos y los hilos de las telas abrió al hombre las puertas del mundo de lo infinitamente pequeño. Pues ahora tenemos otro juguete, el receptor radiotelefónico, que nos permite oír distintas y como cercanas las voces de lejos. «Escuchamos—escribe Luis de Zulueta—la música de Londres con la candorosa alegría con que el cronista veneciano de comienzos del siglo XVII comprobaba que veía desde la torre de San Marcos los movimientos de los habitantes de los pueblos vecinos»; pero ¡quién sabe—termina el escritor—si de estos aparatos, como del antejo de Galileo, surgirá toda una nueva fase de la ciencia y de la vida!

Probablemente se confirmen los vaticinios del notable escritor, porque ya los aparatos que integran el receptor radiotelefónico comienzan a ser aplicados en investigaciones científicas, muy distintas del entretenimiento musical y doméstico a que parecían limitados. ¿Qué son, en efecto, esas maravillosas lámparas de tres electrodos más que unos gruesos lentes de aumento que multiplican por mil, diez mil la intensidad de una corriente eléctrica? Pero el progreso es rápido y ya hoy se ha descubierto que por la adición de una *reja* en los amplificadores se puede conseguir un aumento de un millón de veces. Día llegará en que mientras nosotros, bajo la lámpara del

comedor, escuchamos el concierto londinense, los sabios en sus laboratorios apliquen estos lentes eléctricos sobre el universo para recoger, amplificadas, las corrientes eléctricas infinitamente pequeñas o infinitamente lejanas que acompañan a todo hecho natural. Microscopio y telescopio eléctrico es la lámpara de tres electrodos. Si, además, pensamos en la sensibilidad eléctrica de ciertas sustancias (el selenio, por ejemplo) para toda radiación, y en la naturaleza eléctrica de los fenómenos físicos, químicos y aun de muchos biológicos, podremos entrever la tierra desconocida que abre a la investigación científica la *reja* del amplificador radiotelefónico.

Todavía son pocas las aplicaciones; pero algunos *compte rendus* de las Academias de Ciencias ya permiten el vuelo de la fantasía. Tal es, por ejemplo, la comunicación del general Ferrié a la Academia de Ciencias de París. Un dispositivo especial añadido a un receptor radiotelefónico (con una lámpara de dos *rejas*) convierte el campo de visión de un telescopio astronómico en campo de audición, de manera que toda estrella que lo atraviesa produce en el aparato una corriente de intensidad apreciable que varía para cada astro. Así, en las experiencias hechas en el Observatorio de París, la estrella Capela, de la constelación del Cochero, produce una corriente de 3,5 millonésimas de amperio; Beta, de la misma constelación, ha dado una corriente de 1,2 millonésimas. Estas corrientes se resuelven en el auricular en un sonido distinto para cada astro, que puede servir para su identificación.

Cerremos las perspectivas que recorren estos experimentos. ¡Quién sabe qué descubrimientos contienen en germen! Pero la poesía de lo desconocido nos invade. He aquí realizada prácticamente la figuración de Pitágoras: las estrellas suenan y los hombres las oyen. Leamos las palabras de nuestro León Hebreo: «Pitágoras decía que moviéndose los cuerpos celestiales engendraban excelentes voces, correspondientes la una a la otra en concordancia armónica... Señalaba a cada orbe y a cada planeta su tono y su voz propia, y declaraba la armonía que resultaba de todo... Y así como de diversas voces, una alta y otra baja, se engendra un canto entero, suave al oído... Y decía ser la causa que nosotros no oyésemos ni sintiésemos esta música celestial la distancia del cielo a nosotros, o la costumbre della, la cual hacía que nosotros no la sintiésemos, como acaece a los que viven cerca del mar, que, por la costumbre, no sienten su ruido, como los que nuevamente se acercan». Ahora que se trasmite por radiotelefonía la voz de los ruiseñores y la voz del silencio del bosque virgen, podrían organizarse otras audiciones, que nosotros anunciaríamos así: «concierto pitagórico a cargo de las esferas».

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior).....	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

vechar el interés de Washington en la aprobación de los Pactos, obteniendo una inteligencia a aquel respecto, como al menos lo intentó el ex-Presidente Acosta con el Protocolo Hughes Oreamuno de 1923.

En fin, que nuestro parecer al respecto, dicho y sostenido sin enojos ni frases de patriotismo altisonante, que no excluyen nuestra convicción honda y sincera es que el DECORO DE COSTA RICA NO ACONSEJA CELEBRAR NUEVOS PACTOS CON QUIENES FALTARON AL CUMPLIMIENTO DE OTROS ANTERIORES HACIENDO AGRAVIO A LA SOBERANÍA DE LA REPÚBLICA, EN TANTO QUE TAL AGRAVIO SUBSISTA, o en otras palabras, que el Tratado Chamorro-Bryan impide al Congreso de Costa Rica ratificar los Pactos de Washington de 1923.

Porque conviene no olvidar que la referida Corte de Justicia Centroamericana, en virtud de la demanda formulada por nuestro Gobierno hizo las siguientes declaraciones que tienen autoridad de cosa juzgada:

*Que la ejecución del Pacto (Chamorro-Bryan) viola el derecho de Costa Rica a ser consultada por Nicaragua previamente a la celebración del convenio.

*Que la ejecución del Pacto puede privar a Costa Rica de sus derechos de libre navegación en el río San Juan, en la parte limítrofe, a impedir que las naves de Costa Rica, mercantes o del servicio fiscal atraquen a cualquier punto de la ribera nicaragüense en el trayecto indicado.

*Puede también menguar la ribera costarricense del expresado río, en el propio trayecto, así como en las bocas de los ríos de Costa Rica que desembocan en el río San Juan y los territorios inmediatos a esas bocas y riberas.

*Puede perjudicar el condominio de Costa Rica en la Bahía de Salinas y San Juan del Norte, y aún hacerlo ilusorio.

*Finalmente, el Pacto, en cuanto al arriendo de los Estados Unidos del Golfo de Fonseca y las islas del Mazú, para bases navales, no hace reserva en favor de Costa Rica, cuyos barcos mercantes tienen el derecho de ser tratados como barcos nacionales nicaragüenses en todas las aguas y costas de Nicaragua. (Art. IX de los Tratados de Washington de 1907.)

Si el Congreso de Costa Rica, como lo esperamos, imprueba estos Pactos, y niega en consecuencia al Gobierno de los Estados Unidos su pretendido derecho de intervención en las cuestiones centroamericanas, daría a la gran mayoría de los costarricenses, y de los pensadores del mundo, una gran satisfacción, y habría consolidado al propio tiempo los presigios de sus estadistas, y el buen nombre de la República en el exterior. De otra parte, tal proceder estaría ampliamente justificado y respaldado, aparte del fallo dicho, por el Tratado Caffas-Jerez, el Laudo Cleveland, y la RESOLUCIÓN DEL SENADO NORTEAMERICANO, suscrita al pie de la ratificación del Pacto Chamorro-Bryan; y finalmente por la historia de las conferencias de San José, a propósito del proyecto, en 1921, de hacer la Unión de Centro América.

No queremos terminar estas observaciones sin exaltar el buen tino y la prudencia de la COMISIÓN DE RR. RR. del Congreso de Costa Rica, en demorar su informe, en tanto, (suponemos nosotros) que la suerte de Nicaragua, con sus elecciones, y la de Honduras, con su guerra civil, no se haya aclarado.

Nosotros tenemos gran respeto y admiración por la DEMOCRACIA NORTEAMERICANA, y nos une un sincero afecto con su distinguido Representante en Costa Rica Mr. Davis, pero al discutirse problemas de esta naturaleza, tenemos que estar con nuestro País, porque SUYA ES LA JUSTICIA Y NUESTRO SU PORVENIR.

Cuando Centro América esté regida por Gobiernos que sean el exponente del sentido popular, cuando el tratado Chamorro-Bryan haya desaparecido; y cuando los

marinos norteamericanos sean retirados de Managua, que vengan en buena hora las inteligencias internacionales a abordar y resolver problemas de la trascendencia de éstos. Entre tanto, sólo esperamos que los señores Diputados recuerden aquella lacónica y heroica proclama del Almirante Nelson al iniciarse la batalla de Trafalgar:

«Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.»

MANUEL SÁENZ CORDERO

MAC DONALD Y LLOYD GEORGE

El sino del hombre de acción

(De *La Libertad*, Madrid).

DAVID Lloyd George, temperamento extraordinario, no tan extraordinario carácter, gran orador, fuerte político, gobernante muy discutible, es, sin disputa, un formidable polemista. Sin embargo, su ataque a fondo contra Mac Donald, en uno de esos artículos que dan la vuelta al mundo, encierra una profunda contradicción. Esa contradicción es un caso típico. Encarna el doble y opuesto reproche que se ha venido dirigiendo, se dirige hoy y se dirigirá siempre a los hombres como Mc Donald.

Ramsay Mc Donald, uniendo a un fondo idealista, casi místico, un claro sentido de las realidades inmediatas, ha mostrado ser, en grado eminente, un hombre de acción. Entendámonos... No llamaría yo un hombre de acción a quien hace, hace, sin que sus actos respondan a una visión previa, a un principio interior, a una ley viva de su alma. «Hacer es fácil», escribía Goethe en la famosa *Carta de aprendizaje de Wilhelm Meister*. «Obrar es fácil, pensar es difícil; pero lo verdaderamente arduo es obrar de acuerdo con el pensar». Aquel cuyas obras no brotan sólo de meros impulsos, instintos, conveniencias, sino que son hijas del esfuerzo constante, coherente, que da poco a poco forma al ideal dentro de la cantera misma de la realidad, ese únicamente merece el noble título de hombre de acción.

Mas el mecanismo de la acción es implacable. A la vez que da vida a una parte de nuestro pensamiento, nos obliga a sacrificar la otra parte, acaso la más bella, la más pura, la que nosotros más amábamos. Todo hacer intenso equivale a una transacción constante entre aquello que debiera ser y no podría ser y aquello que es y no debería ser. Si esto ocurre con cualquier obra, ocurre más aún con la obra política, que requiere para su éxito el concurso de muchas voluntades y muchos intereses, el apoyo de grandes masas sociales. El conductor de hombres, cuando de verdad procura conducirlos, puede poco, aunque parezca omnipotente, cuando en el fondo se deja conducir por ellos.

¿De qué acusa Lloyd George a Mac Donald? En esencia, de dos cosas contrarias, incompatibles, por más que esa incompatibilidad quede obscurecida a nuestros ojos, deslumbrados por el talento del apasionado escritor. Acúsale, primero, de ser poco socialista; segundo, de ser demasiado socialista. Es el sino del hombre de acción. Se le combate porque, al plegarse a los hechos, tiene el aire de traicionar a su ideal. Se le combate, a la vez, porque al influir, poco o mucho, en los hechos se le ve tenazmente fiel a su ideal. ¡Estos sofadores prácticos son terribles!...

«En siete meses de Gobierno socialista—dice con sordo humorismo Lloyd George—no hemos tenido un solo día de socialismo. ¿Recordáis la moción de Snowden en el anterior Parlamento, brillantemente apoyada por Mac Donald, en la que se pedía la supresión gradual del capitalismo? Y ahora, ¿qué hacen con el capitalismo

Mr. Mac Donald, primer ministro, y Mr. Snowden, ministro del Tesoro? Nada. Dejaron a un lado los ásperos atajos socialistas y se pasean por los viejos caminos del liberalismo».

Tal es el primer reproche de Lloyd George. Mas, en fin, habrá no poca gente que marche muy a gusto por las viejas sendas liberales en pos del actual Gobierno de la Gran Bretaña. ¡Ah! Pero ahí surge el segundo y contrario reproche del antiguo *leader* del liberalismo inglés. «No creáis, no, en la aparente moderación de un Ramsay Mac Donald. Este Gabinete no hace más porque tiene en la sien el revólver de la oposición liberal. Espera, no obstante, el momento favorable—acaso la absoluta mayoría parlamentaria que podrían darle unas próximas elecciones sólo con que se desplazasen a su favor el 7 por ciento de los ciudadanos—para emprender entonces «el gran ataque contra el orden social existente». Es Mac Donald un hombre que, según dice, se conforma de momento con dar un solo paso. Pero si asienta bien el pie en una nueva Cámara con mayoría propia, entonces verá Inglaterra cinco años de socialismo verdadero».

«¡Un solo paso me basta!...» He ahí la fuerza de Mac Donald. Pudiera esta frase suya convertirse en el lema del hombre de acción. ¿Por qué avanza tan poco?... ¿Por qué le dejan avanzar tanto? Estas dos exclamaciones se escuchan sucesivamente, y aun a veces juntamente. Un solo paso basta, porque si se da en firme, es el punto de partida para un nuevo paso. La Conferencia de Londres ha sido un paso. Un paso nada más. Nada de principios generales: sólo el esbozo de una simple operación financiera internacional. Ahora, la Asamblea de la Sociedad de Naciones puede ser un segundo paso. ¡Qué lejos estamos todavía de los anhelos socialistas de una libre fraternidad entre los hombres y entre los pueblos! Pero a cada paso en el camino divisamos un poco más cerca la blancura luminosa de la cima.

«¡Un solo paso me basta!...» Este es el hombre de acción. Es el realista con idealidad, que también parece encarnar el presente momento histórico. Tributemos sinceramente nuestra admiración a esa forma eficaz de la espiritualidad humana. Y al hacerlo no olvidemos, sin embargo, que hay otra forma, también legítima, de la humana espiritualidad: la del radical idealismo. El radical idealismo, incapaz de realizaciones, influye indirectamente en las realizaciones, porque el propio hombre de acción recibe su fuerza de una vibración impalpable de la atmósfera moral que nos empuja a todos. ¿Y de dónde proviene ese impulso difuso, esa vibración misteriosa? ¿No será, por ventura, del febril latir de los corazones soñadores, llameantes como antorchas, a quienes no basta un paso, ni mil pasos, en su ímpetu ardiente, que por encima de las mezquinas realidades quisiera volar hasta las cumbres de la verdad y del amor?...

LUIS DE ZULUETA.



Otros sonetos de José Eustasio Rivera

=Del tomo *Tierra de Promisión*,
Bogotá. 1922.=

1

De pie, sobre la cúpula del farallón lejano,
mi espíritu con toda la inmensidad confina;
y abriendo al infinito su clámide argentina,
la inspiración se tiende sobre la luz del llano.

Y avanza, y a los giros del vuelo soberano,
del horizonte surgen, en serie paulatina,
palmeras y vacadas, el río, la colina,
y sigue ante mis ojos creciendo el meridiano.

Todo lo ví! Y entonces el pensamiento mío
estrecha halló la atmósfera y el ámbito sombrío.
Mas en el propio instante que mi rebelde anhelo
soñó violar los soles silentes de otro mundo,
desde la pampa intermina vino un viento iracundo
y elevó, con gran ruido, mis dos alas al viento.

4

Cuando apagan los cielos su arrebol de verano
desfallece mi alma con la luz vespertina;
y al mugir de los toros en la loma vecina
me contagia sus viejas pesadumbres el llano.

Entre azules luciérnagas fosforece el pantano;
a mi diestra mi sombra, vacilante camina;
y ante el santo lucero de la tarde se inclina
una palma, en la ceja del poniente lejano.

Y se quejan las ranas... El paisaje se esfuma
y en mi ser y en los campos va cayendo la bruma;
sobre el cerro columbro de una hoguera el fanal,
y al sentir que algo inmenso y angustioso me llena,
lanzo un grito!... Y entonces, compartiendo mi pena,
se remonta una garza del borroso juncal.

17

Escueto y solo, donde el llano empieza,
se tiende el cementerio campesino;
y en la santa penumbra el vespertino
viento, suspira... y la colmena reza.

Nadie viola su mística tristeza,
nadie! Y en el invierno peregrino
se dobla alguna cruz ante el camino
y amanece llorando la maleza.

Ya de noche, unas vacas compasivas,
haciendo misteriosas rogativas,
se echan por calentar las sepulturas;
y convirtiendo al cielo sus ojazos
ven una cruz de estrellas, cuyos brazos
se abren sobre las huérfanas llanuras.

26

Cubre el silencio la bruñida arena
que el ancho cauce al horizonte explaya;
y allá en las selvas de azulina raya
sube un cantar, bajo la luna llena.

Mientras la linfa su rumor serena,
al par que el astro, la canción desmaya;
y dulcemente en la brumosa playa
se inunda el aire de ignorada pena.

Junto al reflejo que la hoguera enciende,
están los bogas con atento oído;
nadie escuchó lo que la noche entiende;

Todos me ven con estupor, y en tanto
que no perciben ni el menor ruido,
sigue en mi absorto corazón, el canto.

(De la Tercera parte)

El pensamiento de Guerra Junqueiro

(De *El Sol*, Madrid).

1

ALGUNOS han querido ver una contradicción entre la muerte de Guerra Junqueiro, dejando tácitamente intervenir a la Iglesia en su sepelio, si bien sin entregarle expresamente su voluntad y la obra de toda su vida. Pero es raro que la conciencia de un hombre de su envergadura se escinda como una amiba en cada nueva generación. Tales disgregamientos del ser originario ocurren sólo en organismos y caracteres inferiores. En las naturalezas elevadas la esencia del individuo es siempre igual a sí misma, aunque varíen sus formas y accidentes, como en el camaleón. Y aun en los hombres más contradictorios persiste su ingénita identidad, que es cierta flaqueza de la mente para advertir el tejer y destejer de sus obras y pensamientos; son Penélopes sin saberlo; se contradicen porque lo natural es que no sepan nunca lo que dicen.

Pero, por regla general, las contradicciones humanas no pasan de las apariencias; hay una raíz constante, una unidad indestructible, salvo en la muerte, de la conciencia. Eso acontece con Guerra Junqueiro. Su estética está ya en sus primeros versos de adolescencia, en su *Bautismo de amor*, escrito a los diez y siete años. ¿He dicho su estética? He querido decir: su metafísica, expresada en formas de arte. Todo es uno y lo mismo.

Son pocos los artistas que consiguen hacerse una metafísica, ya original, ya tomada de otros y adaptada a su específica naturaleza. Lo frecuente es que la emoción artística no se transmute nunca en pensamiento, en una concepción intelectual del mundo y de la vida. Casi siempre el artista se queda en una nebulosa del sentimiento, y si canta es, como el pájaro, por un impulso más biológico que reflexivo. Es entonces lo que Schiller llamaba poesía ingenua, no por eso menos deliciosa, sino acaso todo lo contrario. No basta, sin embargo, tener una filosofía bien metodizada para crear arte; rara vez, partiendo de la idea, se alcanza la belleza artística, y cuando eso acontece, el hombre que logra tamaña fortuna es casi único y se llama Platón. Abundan los filósofos empeñados en vestir de diversas formas artísticas sus ideas; pero casi siempre sus obras no son ni arte ni filosofía, pobres de vida y de pensamiento. El verdadero artista arranca, con su intuición, del mundo inexplicado de la naturaleza y de la conciencia, y lo corriente es que permanezca ante él en una actitud de éxtasis o pasmo, sin pretender penetrar en el misterio para definirlo y juzgarlo. Sólo alguno que otro se esfuerza por remontarse de la vida a la idea, elaborando un concepto de su arte y sometiendo la emoción a un orden intelectual. Cuando ese afán se realiza, hay una conjunción de la filosofía y el arte aunque el pensamiento esté sólo implícito en la obra artística y no registrado separadamente. Entonces la creación de arte es a la vez una manera de interpretar el universo y la existencia, es decir, en sus aplicaciones una doctrina moral. Toda obra de arte, consciente o inconscientemente, lleva en sí una ética, y decir, por lo tanto, de una producción artística que es moralista, es cometer no menor redundante ineptia que decir del día que es luminoso, y de la noche que es oscura, y líquido el mar, y flúido el aire, y eminente la montaña, y limitada la inteligencia del hombre.

La mayoría de las veces esta doctrina moral es tácita y está profundamente recóndita en la obra del creador, al punto de que



[Guerra Junqueiro

no siempre se sabe cómo juzga a sus propias criaturas. ¿Qué no se ha dicho, por ejemplo, de la actitud de Cervantes con Don Quijote? ¿Lo concibió para burlarse de él, como sus personajes episódicos, o para ofrecérselo al mundo como arquetipo de ejemplaridad humana? ¿Y qué pensaba Shakespeare de sus caracteres? No es fácil, ciertamente, averiguarlo; pero tampoco imposible. No hay obra de arte de alguna eminencia que no pueda reducirse a un tratado de moral, ya consuetudinaria, ya fuera de lo común. Pues qué, ¿no es empeño más arduo descubrir las intenciones éticas de Dios, y no estamos viendo al hombre, desde que existe, afanado en crear religión tras religión, para explicarlas y rendirles su acatamiento?

Pero otras veces el artista nos ahorra este intrincado trabajo y nos deja, bien preciso, el pensamiento fundamental de su creación. De ese linaje era Guerra Junqueiro. Se podrá disentir de su filosofía o no valorarla en tanto como su obra poética; pero no decir que sólo se sirvió de su cerebro para embriagarse en el desordenado tumulto de las emociones, emitiendo imágenes e

investivas con la misma inconsciente naturalidad con que el ave trina y la flor irradia perfumes y colores. Si fue primero hombre de sentimiento, no dejó después de abordarlo y decantarlo en la meditación. La idea, como ya queda indicado, está latente en él desde sus mismos comienzos; pero no se concreta y define hasta 1892, al concebir *Los simples*, doblados ya los cuarenta años—había nacido en 1850—. En la «nota» final que pone a ese libro, «mi mejor libro», según reza la dedicatoria, se lee esta confesión: «Llegado precozmente, por el sufrimiento, al ocaso de la vida, atravesé, años ha, un período agudo, bien doloroso y triste, más al mismo tiempo saludable. Ante la muerte próxima, en una ansiedad inenarrable, me sentí electrizado, como por encanto, de súbitas energías. El problema del «más allá» (como ahora se dice) imponíase, dilacerante y devorador, a mi naturaleza inquieta de religioso y metafísico. Pero el problema de la muerte es, en el fondo, el problema de la vida. Estudié, pensé, medité. Leí con avidez millares de páginas. Días, noches, semanas, meses, revolví en el cerebro abrasado todos los enigmas, torturante. Pedí a la historia natural (única historia verdadera) el secreto íntimo de las cosas. Pregunté a la razón, oí la conciencia. Me di un balance de mí mismo. Y conseguí, al cabo, lo que deseaba: tener de la vida, tener del universo una idea metódica y definitiva. ¿Cuál? No es este el momento de decirlo ni eso interesa seguramente».

Sufre esa crisis a que hacen alusión las palabras precedentes a su vuelta de las Azores, en una de cuyas islas fué secretario general del Gobierno civil por el favor de algunos amigos políticos, según declara el mismo Guerra Junqueiro en su terrible artículo *La ejecución de una cuadrilla*, publicado en 1910. Regresó muy enfermo de las Azores, lo que le impidió asistir apenas al Parlamento; fué elegido diputado en 1878. En el mismo artículo escribe, refiriéndose a su actitud política de entonces: «Yo era monárquico, no por ideal, no por sentimiento, sino porque una forma de gobierno más elevada y democrática no se ajustaba a las circunstancias del país. Yo creía que dentro de la monarquía de D. Luis se podía intentar aún una obra fecunda de resurgimiento, dedicándose a ella un grupo de hombres de voluntad, fuertes por la inteligencia y por el carácter; yo veía en Oliveira Martins el jefe perfecto, el hombre de Estado superior. La ilusión fué doble».

Desilusionado de la política, se retira al campo, y en Barca de Alva se hace agricultor; en sus viñedos llegan a trabajar cuatrocientos cavadores. La agricultura es desde entonces su medio de vida y la chamarilería su pasión. Deja una de las colecciones más ricas de antigüedades, especialmente de porcelanas. Se le conocía bien en algunas pueblos españoles, por donde pasaba frecuentemente con un burro y unas grandes alforjas, voceando; «¿Quién tiene para vender cuencos, palanganas, medias fuentes?» Se le ha atribuido este gesto por la alfarería a cierto sentimiento de lo oriental, nada extraño en quien llevaba en los rasgos de su fisonomía y de su espíritu el sello inequívoco de su origen semita. Pero volvamos a su formación metafísica, aunque no fuese extraña a ella su genealogía étnica.

Guerra Junqueiro fué un hijo lealísimo de su centuria, el siglo XX. Estudió Derecho en Coimbra, que en aquella época era uno de los grandes centros de la cultura portuguesa, la enseñada adonde fluían las más selectas variedades del pensamiento europeo. Lo mejor del arte y la filosofía de Europa resonaba allí como en hogar propio, penetrando en las más sensibles conciencias. Francia era el gran vehículo de lo propio y lo ajeno. Algunos, como Antero de Quental, se empapaban de hegelianismo y de otras manifestaciones de la cultura alemana; pero lo habitual era embeberse de lirismo en Víctor Hugo y Baudelaire; de socialismo, en Proudhon; de escepticismo religioso, en Renán; de historicismo, en Michelet y Taine; de positivismo, en Comte. Las influencias de algunas de estas corrientes sobre el mozo Guerra Junqueiro debieron ser indirectas, pero no por eso menos poderosas y algunas indelebles. Lo que más caracteriza a su pensamiento posterior es la marca científicista de ese siglo XIX. Para él las ciencias positivas representan el máximo patrimonio de la Humanidad, y el arte puede superarse a sí mismo, en el transcurso de las edades, sólo por virtud de los crecientes descubrimientos científicos. Alguna vez tuvo veleidades de investigador, como Goethe, y su ambición, al parecer, era construir un sistema filosófico que tuviera por base las últimas conquistas de la ciencia moderna. Después de cantar el mundo quería explicarlo; el sentimiento se hacía idea; la intuición artística, razón metafísica.

No sabemos si esta ambición está realizada; pero sí intentada. Todavía permanece inédita. De su existencia ganamos noticia por la interesante conversación que en 1919 tuvo el poeta con el Sr. Agostinho do Campos, autor de una *Antología* de Guerra Junqueiro, y en cuyo prólogo—del que tomamos algunos datos de este ensayo—van incluídas las revelaciones que entonces le hizo. Hay una fuerte melancolía—la melancolía de lo que, un día poderoso, es ya impotente y caduco—en esa confesión del poeta. Fué siempre un poeta peripatético, que rimaba al andar por calles y campos y almacenaba en su memoria la cosecha lírica de sus grandes paseos. Pero ya no podría hacer versos, porque la edad le había debilitado la memoria y no le era posible retener en el cerebro, como antes, todas las rimas y todas las imágenes. Quedarían, pues, incompletos los dos poemas que habían de cerrar su obra poética: el *Prometeo libertado* y el *Camino del Cielo*. Escribía lo que faltaba en prosa, y si algunos de los cantos o algunas de sus partes le salían en verso, tanto mejor... Por lo visto, no logró acabar, de ninguna manera, estos sus cantos de cisne.

En cuatro mil páginas de apuntes, inéditas, está la labor filosófica de Guerra Junqueiro. Su propósito era construir un sistema completo de filosofía, como el de Comte; una metafísica que partiese de la física para llegar a una biología, a una moral y a una cosmogonía, tomando por base todo el progreso científico del último siglo. Familiarizóse con ese progreso cuanto describe así esa obra desconocida:

«Son los «procesos» de mi examen sobre la vida y el mundo. O más bien: son los «procesos» de las propias soluciones que yo procuraba dar a los problemas filosóficos. Cada uno de los grandes capítulos de mi metafísica está desarrollado por mí en esos papeles, donde lanzaba mis opiniones, sometiéndolas en seguida a rigurosas contrapruebas, haciéndome, después de meditado cualquier asunto, la contrafigura de mi propia manera de ver, y reformándola, sustituyéndola o reforzándola, según las conclusiones de autodiscusión o autocrítica así hecha. Por eso los llamo «pro-

cesos». Pero esos papeles no serán publicados, o no lo serán, por lo menos, durante mi vida. Intento legarlos al Estado en testamento, y me contentaré con aplicar la existencia que me queda a la elaboración de la síntesis o resumen de mi filosofía. Dentro de breves días voy a marcharme para mi casa de Oporto, donde empezaré a escribir ese libro, que tendrá apenas unas doscientas cincuenta páginas, y debe estar listo dentro de un año o año y medio. No puedo hacer más, y bien contento quedaré si hago tanto, porque, de lo contrario, a pesar de la obra poética que tengo publicada, si no consigo llevar a cabo este trabajo, moriré desconocido...»

Grandes debieron ser las esperanzas de Guerra Junqueiro en la excelencia de su obra filosófica para suponer que su genio poético apenas revelaba su verdadera personalidad, y que en el libro resumen que preparaba hallarían los especialistas de varias ciencias de la naturaleza y del hombre numerosos hilos o guías que, bien seguidos, habrían de conducirles a sorprendentes desenvolvimientos. Tampoco pudo, que sepamos, completar este, en su opinión, fecundísimo tratado. Por lo menos, permanece inédito. De todos modos, sería deseable que fuera publicado lo que dejó escrito. Acaso ha pasado, de momento, la época de los sistemas filosóficos integrales, que nada dejaban por explicar; pero, aunque el pensamiento de Guerra Junqueiro no revelase en esos escritos inéditos toda la originalidad y fecundidad que él, como buen abuelo septuagenario, más que padre, de sus ideas, le atribuía, siempre se salvarían por una cualidad que, por encima de lo episódico y erróneo de muchas partes de su obra, la harían imperecedera: por su estilo.

Pero no hace falta esperar a la aparición, si llega, de esos trabajos para conocer su estética y su metafísica. La primera está en sus poemas; la segunda, en sus prosas dispersas. En el fondo son la misma cosa: como hemos de ver en un próximo examen.

LUIS ARAQUISTAIN

Estoril, 1923.

La prensa y las dictaduras

El General Altamirano ha resuelto no dejarse entrevistar ni hacer declaraciones ningunas a la prensa; y el General Primo de Rivera, que en un principio era todo mieles para los periodistas, ahora los tiene en un puño, y los diarios españoles se hallan sometidos a la más ruda censura; en Italia la prensa se halla amordazada; y en nuestra hermana Venezuela los periódicos no pueden publicar sino recortes amenos de la prensa extranjera y elogios sin tasa ni medida al Jefe, a la Causa de Diciembre, etc., etc.

Es que la prensa y las dictaduras son absolutamente incompatibles. La prensa libre es la más alta expresión de la democracia y la concreción de las garantías y de los derechos individuales. La prensa es luz, y las dictaduras no pueden vivir sino en la sombra; con una prensa valerosa y vigilante, ningún atropello puede quedar impune, ningún derecho legítimo puede ser violado, y la dictadura es atropello y es violación. Por eso cuando principian a oírse voces que piden la represión de la prensa y claman contra lo que llaman sus desmanes, los amigos de la libertad deben ponerse alerta y prepararse a rechazar una segura ofensiva contra las instituciones democráticas.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejemplares de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Síngmatas y Diferencias (Cuatro series) Precio de cada serie » 2.50

Un elogio de Costa Rica

(De la *Nueva Prensa*, San José, C. R.).

HAY un elogio de Costa Rica ⁽¹⁾ hecho en generosas palabras y en brillante concepción mental por Antonio Caso, un mexicano que pertenece al grupo de hombres que más se han señalado en su país en la hora presente.

El elogio es de fino oro y podría decirse que es como una preciosa águila de oro que un príncipe Azteca le envía, en mensaje de amor, a una princesa del Golfo de Nicoya, y ello es posible porque no fueron del todo indiferentes los pueblos indígenas a las relaciones de cortésana amistad.

Muchos elogios vienen a Costa Rica en los últimos años. Quien quiera que en América, sobre todo, puede decir en bella forma su amor a este país nuestro, no nos escatima una palabra amable para llenarnos de orgullo o para hacernos justicia. La República se merece esa liberal pleitesía de que es objeto y en que parecen andar en concurso las mejores inteligencias de la raza y sobre todo sus caballeros más representativos. Pero el elogio de Caso por la inspiración que lo alienta, por la gracia severa con que viene vestido, por el elevado concepto en que tiene a la pequeña República modelo y por el deseo en hacer de ella un ideal ciudadano y democrático en América, el solar de costumbres políticas puras, bien merece, ese elogio de Caso, ser fundido en plata refinada, de la que habla el salmo antiguo cuando habla de la sabiduría, y ser puesto en lugar visible de toda escuela y ser conservado en la fresca memoria de los niños para que palabras semejantes que son lección al mismo tiempo que obra de arte, no se olviden y sean, más bien, germen fecundo para el espíritu.

Allí se resume todo el bien que nosotros hemos hecho y por lo que hemos venido trabajando pacientemente y al reconocerlo los extraños conviene tenerlo por estímulo para una perseverante y optimista acción en la práctica de los buenos hábitos civiles.

Otro pensamiento nos sugiere el elogio de Caso: la confianza de que el alma de los dos países, el de él y el nuestro se acerquen en amistad que tiene origen en motivos superiores y que puede ser permanente y grande. Porque necesitamos ya esa amistad, no por necesidad política y menos aún para fomentar obras o prevenciones y odios a otras razas o pueblos distintos, sino porque es natural fortalecer y reintegrar el alma latino-indígena de América para el bien o para la belleza o para la gloria.

Nos parece que hemos sido un tanto indiferentes, los costarricenses, con estas cosas o que podríamos haber roto las exigencias puramente diplomáticas, para que los dos pueblos vivieran horas espontáneas de más profunda y duradera simpatía. Porque dos pueblos se estimen y porque confundan sus propias fuerzas en el cumplimiento de ideales comunes, no se lastima ningún interés extraño ni hay por que sujetarse a prevenciones tan infecundas como éstas.

En América debemos quitarle a la discordia sus raíces y dejar el campo listo para el grano de mostaza del Evangelio. Pero para que el Continente sirva, todo él, a la concepción de un nuevo tipo de hombre sin raza y de un valor más universal o siquiera más continental, los que por naturaleza pertenecemos a una misma familia debemos unificar mejor nuestros aislados destinos y formar una conciencia más fuerte y menos compleja. ¡No miremos a México como el atalaya de la raza en el Norte, no! Que él mismo y que nosotros lo tengamos como una vigorosa unidad de espíritu continental por medio de la que nos resulte más fácil iniciarnos en la amistad sagrada y humanitaria de los hombres o de los pueblos o de las ra-

zas que viven más allá de las fronteras mexicanas y de las cuales éstos con sus ríos o con sus montañas formen como un pórtico majestuoso y severo. El amor o la simpatía de las razas no puede ser otra cosa que una forma preparatoria del amor o de la simpatía de todos los hombres para satisfacer los anhelos o los intereses de la humanidad. Lo que esté lejos de este concepto, lo que no se ajuste religiosamente a él, lo que contradiga su virtud, no hace más que servir al mal del hombre.

No querramos ser con México políticos; seamos con él amigos. Hay que rastrear el viejo camino indígena que desde la capital del Imperio Azteca se extendía hasta las suntuosas riberas de nuestros dos mares, por encima de las montañas o por los preciosos valles, y que las embajadas que nos vengan por ellos o que nosotros enviemos, hagan posible una amistad más doméstica, más familiar, más íntima, mejor caldeada al calor de los sacros altares primitivos.

RÓMULO TOVAR

¿Juventud?

(Del *Diario de Costa Rica*, San José, C. R.)

LA Directiva de la Sociedad Gimnástica Española, compuesta toda ella de hombres jóvenes, acaba de dar una nota de vejez.

En *La Tribuna* del 17 del corriente, suscriben una protesta que sabe a chauvinismo quemado, contra la resolución adoptada por el Comité de las Olimpiadas, de invitar a la juventud deportista de la vecina República de Panamá para tomar parte en los juegos de fin de año.

Si una sociedad de burgueses adinerados, de cincuenta años en adelante, con intereses que necesiten de la enemistad con Panamá para prosperar, se reúne para forjar estas líneas de patriotería, habría sido algo lógico. Pero que un grupo de muchachos dedicados al sport, —que es un himno a la juventud y a la salud,—lo haya hecho, es lo que parece fuera de su lugar, pues supongo que su único ideal no está en hacer entrar una pelota con los pies por entre dos postes, para ganarle a un partido compuesto por individuos pertenecientes a un país de sus simpatías, aunque estos individuos pudieran ser personas despreciables.

Hace pocos días *La Tribuna* publicó también la noticia de que Herriot, el primer Ministro de Francia, había pronunciado un hermoso discurso al inaugurarse las conferencias franco-alemanas, en el cual daba «la más cordial bienvenida a los delegados alemanes» y hablaba con calor de la importancia de las negociaciones cuyo fin era hacer posible el intercambio entre dos pueblos vecinos, camino abierto para que Francia y Alemania contribuyeran en la obra común del progreso universal, etc.

Esto acaba de clamar una voz ansiosa de paz y lo grita cuando los horrores de una guerra de cuatro años todavía hieden, y lo dice quien palpó el espanto del odio humano desencadenado.

¿Cómo es posible entonces que la tarasconada de ambos países—que nosotros llamamos pomposamente «Guerra con Panamá» y los del otro lado de una línea imaginaria llaman con más pompa aún «Guerra con Costa Rica», dé lugar en el momento en que los hondos rencores europeos parecen ceder ante el juicio de hombres de amplia y noble visión—para los cuales los intereses verdaderos de los pueblos no están engerrados dentro de fantásticas fronteras,—a estas manifestaciones de odio que se revelan a través de elementos honrados de nuestro país? ¿Sera odio en realidad o simple vanidad epidérmica? Y me pregunto también: ¿por qué estos jóvenes nunca se han reunido ni han escrito con igual calor para hacer una campaña contra la tuberculosis, por ejemplo? Eso sí que

(1) Véase dicho elogio en el N° 5 del *Repertorio*, tomo en curso.

es un terrible enemigo que se nos ha metido y que nos mata hermanos y hace miserable la vida de miles de compatriotas? Jamás el pueblo de Panamá en masa furiosa nos haría en un mes el daño que la tisis nos hace en un día.

¿Serán inoportunos los trozos que a continuación transcribo de una pieza de Bernard Shaw, *El Hombre y el Super Hombre*? Son fragmentos de un discurso semi-burlón que hace el Diablo a don Juan Tenorio, con el que trata de convencerlo de que son la Muerte y el Odio los que dominan en nuestro planeta y no la Vida y el Amor. ¿Por qué los he recordado cuando he leído esta pieza de ¿patriotismo? de la Directiva de la Sociedad Gimnástica Española?

«Digo a usted que en las artes de la vida el hombre no inventa nada, pero en las de la muerte sobrepasa a la misma naturaleza. En las artes de la paz el hombre es un chambón. He visto sus fábricas de tejidos, con sus maquinarias que un perro avaro habría inventado si hubiera necesitado dinero en vez de alimento. Conozco sus torpes máquinas de escribir, sus chabacanas locomotoras y sus enfadosas bicicletas; son juguetes comparados con una metralladora Maxim o un torpedero submarino. No hay en la industria de máquinas del hombre sino avaricia y pereza. Su corazón está en sus armas.

«En una batalla dos ejércitos de hombres se matan los unos a los otros con balas, granadas, hasta que un ejército huye y el otro persigue a los fugitivos a caballo y los hace pedazos en su huida. Y ello—dicen las crónicas—muestra la grandeza y majestad de los imperios y la pequeñez de los vencidos. Sobre esto el pueblo corre por las calles aullando de placer, y arroja huevos al gobierno para que gaste millones en asesinar, mientras los ministros más poderosos no se atreven a gastar un céntimo extra en la lucha contra la pobreza y la enfermedad a través de la cual caminan diariamente.

«La plaga, el hambre, los terremotos, las tempestades, son bastante espasmódicos en su acción; el tigre y el cocodrilo se sacian fácilmente y no son tan crueles; se necesitaba algo más constante, más despiadado, más ingeniosamente destructivo, y ese algo fué el Hombre, inventor del potro de tormento, de la picota, de los calabozos, de la silla eléctrica, de la espada, del rifle y sobre todo de la «Justicia», del «Deber», del «Patriotismo» y de todos los «ismos», por medio de los cuales se persuade aun a aquellos que son bastante inteligentes para estar dispuestos con humanidad a convertirse en el más destructivo de los destructores».

La juventud inteligente y honrada no debe ayudar al Odio y a la Muerte en su tarea, ni con protestas como la que ha hecho escribir el presente artículo, en que la vanidad superficial, y el rencor, se cubren bajo lugares comunes como estos del «espíritu legendario costarricense, altanero y altivo», «fresca la sangre de nuestros compatriotas», «sentimiento patriótico», etc., etc.

¿Cómo voy a odiar yo al pueblo de Panamá porque su Presidente y sus ministros alentaron y lanzaron tropas de asalariados contra nosotros; porque hombres de instintos criminales—como también los hay en Costa Rica—mataron a hermanos nuestros; porque una chusma estúpida arrastró el escudo de mi Patria. (También aquí en San José una chusma formada por un montón de policías costarricenses dió cincha y arrastró mujeres y niñas costarricenses; estas últimas, alumnas del Colegio de Señoritas—¿cómo tiene más valor un pedazo de cartón o lata para los costarricenses, que la carne de sus mujeres?); porque un caballero panameño con unas pobres ideas patriotas entre la mollera—como los hay entre nosotros—se puso a echar por su boca adjetivos groseros para Costa Rica o porque un malicioso panameño aludió—estando un tico presente—a la negra que mató algún soldado quizá del famoso batallón con nombre de película de cine

«el Batallón de la Muerte» o de cualquier otro de aquellos batallones tartarinescos?

Se puede ser enemigo de ese gobierno panameño; se puede sentir ira contra esos criminales panameños; el dandy panameño hace sonreír con burla y el malicioso panameño puede inspirar simpatía. Pero ¿cómo se va a odiar a los otros, al pueblo panameño víctima de ese gobierno como nosotros, contra la masa anónima, entre la que tiene que haber tantos hombres buenos, tantos mozos fuertes con ansias de amar y de vivir, tantos trabajadores abrumados, tantas madres sin hiel en el corazón, tantas mujeres cariñosas, tantos niños que en este instante en que escribo se duermen sonriendo en sus camitas o en el regazo materno?

Sí, indudablemente el Diablo de Bernard Shaw tiene razón: La Muerte tiene más valor para los vivientes que la Vida. El rencor es una manifestación que tiende más hacia aquélla que hacia ésta, y es al rencor al que le ha tendido la mano y no a la paz, una sociedad de sport, costarricense, formada por hombres jóvenes. Quizá no es el sport,—aunque a primera vista uno tenga esa ilusión—vereda que conduzca al camino de la Fraternidad Universal.

CARMEN LIRA

La rueca simbólica

Mohandas Gandhi, el líder del movimiento hindú contra la dominación inglesa, el inventor de la no cooperación, ya no podrá seguir hilando en la rueca que simboliza la protesta contra el invasor, y la esperanza de que los habitantes de la India puedan, sin acudir al extranjero, satisfacer a sus necesidades, lo cual sería la conquista definitiva de su independencia. Los médicos, dice la United Press, han encontrado a Gandhi debilitadísimo por el ayuno y no le han permitido que hile ni unos minutos diarios, a pesar de las súplicas del Apóstol.

Hé aquí, pues, un anticooperacionista perfecto. Un anticooperacionista que en el límite extremo de la inacción, levanta, no ya la bandera, sino la rueca. Es un anticooperacionista practicante, que predica y da el ejemplo; que paga de su persona, que está animado de un ideal formidable, cuya fuerza intrínseca, cuya virtualidad invencible sabrá imponerse tarde o temprano. Gandhi, con su ayuno y con su rueca, tiene amenazada de muerte a Inglaterra. Ese hombre enjuto que es casi un fantasma, se ha enfrentado al poderoso león británico; y se le ha enfrentado proscribiendo todo acto de violencia, todo inútil vocerío, toda fanfarronería destemplada. Gandhi preconiza la resistencia pasiva en forma evangélica. No ayudar al conquistador, no comprarle nada, hacerle el vacío. Nada más. Y cada vez que los hindúes han violado este programa, y han adoptado procedimientos de hostilidad activa contra los ingleses, Gandhi ha desesperado de su causa y ha declarado a quienes tal han hecho como a los peores enemigos de la libertad hindú, que no se conseguirá sino a base de no cooperación apostólica.

Gandhi tiene una fe ciega en la fuerza de la no cooperación hecha a base de sinceridad, de entusiasmo, de sacrificio, de absoluto desprendimiento de las cosas terrenales. Y sin duda un movimiento así necesariamente es invencible. Desgraciadamente, sólo en la India mitológica de los fakires, de los fanáticos, que logra suprimir el dolor a fuerza de voluntad.

Trasladada a otras latitudes, la no cooperación se torna en caricatura risible, y en vez de apóstoles ascéticos, como Gandhi, suele encontrarse cada anticooperacionista cuya gordura y apetito son dignos de envidia.

(De *El Tiempo*, Bogotá).



LA EDAD DE ORO

62.—Cuento
de hadas.

Nena rubia, ¿eres tú la que dejando dormir la muñeca en la cunita de raso y de plumas ha tomado muy seria este cuento que he escrito yo para ti y vas a leerlo?

¿O eres tú, general en miniatura, que echado sobre la alfombra apoyando la barbilla en las manos te dispones a leer mi cuento, mientras los soldados de madera puestos en fila rígidos te miran en la actitud solemne de quien espera una orden?

¿O eres tú, pequeñita andrajosa y despeinada, pequeñita de los ojazos tristes, que mientras velas a mamá enferma lees la hoja que envolvía el frasco del remedio, la hoja en que está escrito este cuento?

¿Acaso quien va a leerlo eres tú, pequeño luchador, valiente niño, que olvidando un momento la caja de embolar, aquella caja compañera que calma el hambre y que consuela, te has acurrucado en un quicio para deshacer el barco de papel que ibas a arrojar al agua porque delectaste en la proa: *Cuento de hadas para niños?*

Vosotros! Oidme antes de empezar la lectura: quien ha escrito este cuento es una amiga vuestra; una amiga que os adora... Estaría encantada si os divertís conmigo; pero no quiero sólo eso; quiero que aprendáis cierta cosa... Es una osadía desearlo; lo sé; porque sólo tienen derecho a ello los que ya gastan lentes sobre la nariz; pero si lograra enseñárosla, si lograra grabarla en vuestro corazón... ¡qué orgullo el mío! ¿Queréis darme la alegría del orgullo? Leed con atención; complaced a vuestra amiga; fijáos bien, ya empieza.

En un país... quién sabe en qué parte del mundo quedaba ese país! Pues bien; había un príncipe joven. Tan hermoso era que es fama que no hubo ni habrá otro semejante. Era un príncipe rubio, mucho más que el sol; de sus ojos se decía y aún se dice que eran como el océano cuando copia una noche estrellada; así, grandes, luminosos y negros.

A una mirada suya se encendían de amor los corazones de las mujeres más frías y de amor temblaban las flores en sus tallos. A su paso se veían milagros.

En su paseo matinal por el jardín cuando andaba arrastrando su capa principesca, el sol la hacía brillar con reflejos de fuego y convertía en estrellas multicolores las piedras preciosas de su corona. ¡Figuraos la majestad del príncipe vestido de fuego y coronado de estrellas!

Cuando se detenía para acariciar las rosas, mudaban las rosas; las pálidas, por grados tomaban un color carmíneo y las rojas con lentitud tornábanse blancas, blancas. Reía entonces el príncipe y callaba la fuente y callaban los pájaros para oírlo reír. ¡Oh su risa! ¡Era más pura y melodiosa que el sonido de un arpa que ríe!

Y cuando cesaba, la fuente empezaba a cantar y los pájaros con ella formaban concierto, no tanto por halagar al príncipe; era que no podían dominar el deseo de la armonía que había despertado en ellos su risa. ¡Su risa única! Y pájaros y fuentes trataban de imitarla con trinos de cristal.

El príncipe era rico en grado máximo; todos los días a toda hora recibía presentes; le enviaban las cosas más valiosas que había sobre la tierra, y la explicación es ésta:

Quien lo había visto una vez no lo olvidaba nunca; el que poseía un tesoro—y entre éstos se contaban no pocos

avaros judíos,— se lo ofrecía sin vacilar, porque comprendían que aquellas sederías hechas con los hilos más sutiles y que tenían ondulaciones y tibiezas de agua debían tener el mejor empleo, debían vestir al príncipe perfecto; y aquella lujosa piel de armiño, piel de nieve, no podía tener mejor destino que abrigar sus pies; pieles de pantera, pieles leoninas, pieles suaves y blandas, eran enviadas por los cazadores de fieras para alfombrar su cámara.

Así, por una ley natural, llegaban a él ricas ofrendas:

Cargas de oro, el metal precioso de la tierra; piedras raras para adornar sus manos, sus sandalias y su frente; piedras de colores vivos, de sangre y fuego; perlas que parecían en pecado, por lo negras; perlas de un blanco extraño; diamantes como trozos de estrella; zafiros como el cielo; perfumes exquisitos, mármoles para el palacio, flores bellas, elefantes blancos, camellos dóciles, pájaros músicos, linos para el lecho, linos tan vaporosos que menos son las nubes; frutas tan sugestivas, que así serían las del paraíso, armas livianas, para que no fatigaran su mano, pero que valían caudales; armas lujosas, filudas y pequeñas, que daban la muerte tan sólo con tocar.

¿Y el príncipe? ¿No decíamos que era perfecto? Pues lo era no sólo materialmente. Su inteligencia era una inteligencia superior, y por esto pensaba... pensaba... pensaba con horror en la fatuidad de su vida, y le importaba un comino tanto oropel, y veía con desdén todos los halagos hechos en su honor. Pobre príncipe! No era feliz!

Pero hemos hablado de su inteligencia superior; comprendió él que debía buscar la felicidad, y una noche de luna, naturalmente, porque en las noches oscuras no se puede andar, salió del palacio un viejo encorvado, de barba y cabellos muy blancos. Era el príncipe que dejaba el palacio, el suntuoso palacio donde anidaban los falsos placeres de la riqueza, de la adulación y del poder, y se fue caminando por un camino que después se dividió en muchos. Antes de tomar alguno de éstos, se le ocurrió interrogar a una viejecita que acurrucada en el suelo lo miraba con ojos penetrantes de lechuza. Le dió una moneda y preguntó:

—Oye, amiga: ¿Para dónde llevan esos caminos?

Ella se puso en pie de pronto y le tomó una mano, diciendo:

—Bien haces en preguntármelo, porque estoy aquí precisamente para dar los nombres de los caminos... Soy un hada: ¿no lo crees? La prueba de que sí lo soy es que veo un poco más allá de las cosas; tu disfraz no me engaña; eres un joven, y mal haces en ocultarlo—le quitó el antifaz, y continuó: —Soy hada y voy a nombrarte los caminos: dejemos los tres de la izquierda, que son los de la riqueza, la adulación y el poder, porque tú naciste en ellos y sólo te llevaron al hastío; te daré los nombres de los otros.

—Dame únicamente el nombre de aquel que guíe hacia la felicidad, exclamó el príncipe.

—Ah, murmuró la vieja: seguramente ninguno...

—¿Ninguno?, interrumpió el príncipe desesperado. La vieja movió la cabeza.

—A veces el del arte, respondió, conduce a la felici

dad; pero ese es tal vez el más escabroso de los caminos, y se necesita un valor a toda prueba...

— Dime, viejecita, buena hada, dime los nombres de los otros caminos que no sean tan espinosos!

— Mira y señaló la anciana otro; éste es el de la ciencia, quizá tan espinoso como el primero, y casi todos los que lo siguen se extravían; se van por senderos imposibles, por senderos que no pueden transitar los humanos. Es peligroso este camino; mete a los hombres hasta los campos de Dios y allí se vuelven locos o retornan doloridos, vergonzosos y decepcionados!... Este otro camino...

— No!, no!, gritó el príncipe, no me hables más, no quiero oírte. Guarda tu lengua, vieja lechuza. Volvió a ponerse el antifaz y se marchó.

— Oye, príncipe!, gritó la vieja; acuérdate de la venganza de un hada.

Y luego se quedó murmurando para sí: «Se asusta tan sólo con palabras... pobrecillo! Es un cobarde, es un vencido!»

Y volvió a acurrucarse el hada Experiencia, para esperar las preguntas de otros caminantes.

El príncipe volvió al palacio de los placeres, pero sentía un desconsuelo mortal. Se encerró en su cámara e iba a arrojar fuera el antifaz, cuando vió con sorpresa que era un imposible, porque la barba y los cabellos blancos eran suyos, suyos... había envejecido.

Miróse al espejo y vió que estaban apagados, sombríos sus ojos, que antes producían cambios en las mujeres y en las rosas; su rostro estaba rayado de arrugas; era una irrisión ver esas brillantes joyas sobre sus manos apergaminaadas; era desastroso contemplar su traje, hecho para ajustarse a un talle gentil, cubriendo su cuerpo encorvado.

El príncipe, el viejo, hizo una mueca de burla a su figura representada en el espejo; una mueca que le resultó horrible, porque era la sonrisa de una boca desdentada y amarga.

Se llevó la mano a la cintura y sacó su diminuto puñal de mango bruñido, para realizar el último acto de cobardía que casi siempre realizan los que se dejan vencer. Colocó la punta afilada sobre el corazón... y lentamente lo fué hundiendo, hasta que le faltaron las fuerzas y cayó de bruces sobre la alfombra lanzando un grito de dolor.

A este grito, que resonó siniestro en la noche, estremeciéndose el palacio entero: los cortesanos acudieron en tropel y hallaron a su príncipe, porque ellos si lo veían joven: el hada Experiencia, con su magia permitía que solamente él se viera viejo, puesto que se sentía viejo.

Los cortesanos hallaron a su príncipe tendido sobre la alfombra con los rubios cabellos en desorden, pálido, con palidez de jazmín.

Petrificados de pánico, permanecieron un instante inmóviles; luego lo transportaron agonizante a su lecho magnífico, a su lecho de oro, que relucía como un astro.

Y quisieron que fuera bella su agonía: lo cubrieron de flores, encendieron en la estancia perfumados pebeteros y al compás de una música suavísima, danzaban bailarinas a su alrededor y volaban mariposas de colores.

Pero era terrible la agonía del príncipe; era angustiosa su agonía: tenía los ojos desorbitados y se retorció presa de la desesperación.

La música se había hecho tan dulce, tan suave, que era capaz de calmar todos los dolores como un bálsamo; las bailarinas se acercaban al príncipe para quitarle la angustia con besos y era besado por las mariposas.

De pronto se descorrieron las cortinas de la entrada y apareció en el umbral la más extraña figura: una viejecita encorvada, de ojos penetrantes de lechuza.

El príncipe se incorporó en el lecho: había reconocido

al hada Experiencia. Ella extendió el brazo señalando a los cortesanos y ordenó: «¡Salid!»

Calló la música y salieron los cortesanos, las bailarinas y las mariposas.

El hada se acercó al lecho mortuario y empezó a hablar así:

— Voy a decirte, príncipe, lo que no pude, en la primera ocasión en que nos hallamos, porque me desconociste y me insultaste. Desperdiciaste este consejo que yo doy a los caminantes que me oyen a tiempo. ¡Para ti ya es tarde! ¡Qué mal hiciste en no escuchar mi voz!

Oye, príncipe, lo que yo digo a los caminantes que me escuchan:

— Escoged cualquier camino; aquel por donde os mande vuestro corazón; no el menos escabroso, que en todos encontraréis espinas y abrojos; mas no os lastimarán sin duda si os revestís de la coraza del valor. Valor, hijos míos, es lo que se necesita. Lanzáos ciegamente, marchad con el ánimo resuelto, sin mirar atrás y sin querer descubrir con la mirada si está lejano el punto a donde queréis llegar. Sin querer saber de antemano si el resultado de vuestra marcha será satisfactorio. Eso le quita todo el mérito a la acción. Supongamos que el resultado fuera bueno: ¡bien para vosotros!

Supongamos que fuera malo: ¡bien para vosotros! Porque... tendréis el orgullo de no haber sido cobardes, de haber luchado hidalgos, de sentirnos fuertes... y tendréis el corazón en paz y eso en cierto modo es haber alcanzado la felicidad...»

Calló la viejecita, porque el príncipe no la escuchaba ya: había muerto.

Nena rubia: colorín colorado, este cuento se ha acabado. Coge la muñeca de la cunita de raso y de plumas y arrúllala... arrúllala y arrúllala siempre; seguramente esa muñeca será más tarde un *baby* tan rubio como tú; y lo arrullarás siempre; ¿no es cierto, nena, que lo arrullarás sin miedo?

Pequeño General! Ordena a los soldados que esperen ahí! Ponte en pie y grita: «¡Paso de vencedores!» Es bueno que te ejercites desde ahora, porque sé que mañana darás voces de mando en medio de nubes de humo, de rugidos de cañones; de estruendo de bombas y tambores. ¿No es cierto, General, qué gritarás: «Paso de vencedores?»

Ponte en pie y ordena a los soldados de madera, niño que sueñas con ser héroe!

Pequeñita andrajosa y despeinada: pequeñita de los ojazos tristes, de los ojazos con sueño, no te duermas. Esfuérzate por no dormirte; tú sabes que tienes que velar a mamá enferma; sabes que tienes que darle la cucharada a cada momento... pero tienes sueño. ¿Qué ocurriría si te durmieras? Descansarías, es verdad, pero al despertar encontrarías el desasosiego dentro del corazón... ¡No te duermas!

¿Y tú? A trabajar, gracioso limpiabotas! Sientes hambre y ahí a tu lado está la caja que produce pan; la caja amiga...

Levántate! Una, dos, y tres!

Quiero oír tu vocecita alegre: «Embolar, charolito! Embolar!»

Una! dos! y tres!

ECCO NELI

Noticia.—Con el nombre de Ecco Neli empieza a firmar sus escritos una distinguida y joven escritora de Colombia.

(Lecturas Dominicales, Bogotá).



Los escritores y artistas y su manifiesto

(De *La Nación*, Santiago de Chile)

EN *La Nación* del 24 aparece un manifiesto de los escritores y artistas de Chile dirigido «A las naciones extranjeras». (1)

Aunque me parece un poco «dictatorial» el procedimiento de los firmantes al hacerse eco de la opinión de todos los que escriben, sin previa consulta a los interesados, me inclino reverentemente y no protesto... del procedimiento. Me basta leer las firmas de Pedro Prado, E. Barrios, A. Donoso, Silva Vildósola, Iris, etc., al pie de ese documento histórico para sentir una especie de nostalgia de tan buena compañía. Mi primer impulso ha sido correr a adherirme, pese a mis anteriores reservas y cavilaciones ante los procedimientos de la Junta Militar.

Por desgracia, venció en mi espíritu un irresistible deseo de manifestar mi humilde verdad, y he aquí por qué escribo estas líneas.

Creo, como los autores del manifiesto, que la revolución encabezada por la oficialidad del Ejército es un movimiento espontáneo, bien intencionado y valiente. Más que valiente, temerario. En un minuto de su vida ese grupo de reformadores ha colocado su cabeza bajo la cuchilla del patíbulo. Los favorecieron la suerte y la inercia de agua estancada que constituye la opinión nacional en la hora presente. Hoy son héroes, ante cuyo éxito todos los prestigios se abaten y todas las adulaciones se yerguen. Eso es todo, y en eso creo que estoy de acuerdo con los autores del manifiesto.

Pero tengo mis dudas acerca de otros puntos del documento de los escritores y artistas. Dicen que la Junta «no ha conculcado ninguna de las libertades públicas». ¿Es verdad? ¿Están seguros los escritores y artistas de Chile de que, si hubieran redactado un manifiesto lanzando un reto al Gobierno de *facto*, estarían todos muy tranquilos en sus casas? ¿Están seguros de que si los diarios hubieran condenado desde el primer día el movimiento militar no hubieran visto sus talleres mudos y sus redactores dispersos? ¿Han podido los hombres del régimen caído hacer oír su voz de protest^o en las plazas públicas, en la prensa, en todas las ciudades del país?

Si pretenden los escritores defender el actual régimen, más lógica me parecería la franca afirmación de que el golpe de la fuerza y la violación de las libertades públicas, han sido y continuarán siendo necesarias hasta que el actual Gobierno se sienta tranquilo en su puesto. Podrían haber agregado que la ilegalidad ha debido ser combatida con la ilegalidad; y que era preciso efectuar «una operación quirúrgica» en el cuerpo enfermo de nuestra decrepita Constitución, como lo han asegurado los propios propulsores del movimiento. Pero lo demás...

Respetuosamente digo a mis distinguidos amigos, los escritores y artistas de Chile, que estoy en profundo desacuerdo con su manera de apreciar los últimos acontecimientos.

Creo que las más grandes reformas que emprenden la Junta de Gobierno, las futuras Constituyentes, las futuras Cámaras, etc., quedan anuladas anticipadamente por un sólo hecho sencillo y trascendental: en un momento de la vida nacional, el Ejército, la fuerza, ha derrotado el poder civil, que es la debilidad física. ¿Qué Gobierno se podrá sentir seguro en un porvenir próximo o lejano? ¿Podremos confiar en que si la nueva Constitución, o los

nuevos parlamentarios, no son del del agrado del Ejército, muy espontáneamente, muy patrióticamente, muy intencionadamente, no irán a ser barridos con la misma facilidad que los del pasado?

—Ah, pero la fuerza de la opinión, la conciencia nacional...!

No creo en tal fuerza. No creeré al menos, mientras haya escritores y artistas, entre los cuales me cuento, yo, que durante toda su vida no han hecho otra cosa que huir de todo contacto con la vida cívica del país, encastillados en su lírica Torre Artística, ajenos a todo movimiento político y de progreso material, simples espectadores (salvo raras excepciones) ante el triunfo de los peores, de los ambiciosos, de los audaces, de los corrompidos...!

Tarde nos ha nacido la voz para aprobar o condenar; cuando nadie nos escucha, cuando el país se encogerá de hombros ante nuestros ademanes estériles, intrusos y extranjeros en la misma patria que nos dió hogares, afectos y raíces hondas!

¿Por qué no pusimos nuestras energías en la tarea de transformar el caduco régimen y lanzamos manifiestos al mundo ante cada una de las iniquidades de Gobiernos pasados? ¿Qué voz de las nuestras, salvo las de algunos periodistas, se alzó para defender o condenar el complot de los militares, en la Administración Sanfuentes?

Si a las crisis de régimen no se hubiera añadido la crisis de hombres, no habría sido necesaria la revolución que hoy triunfa. Y ha triunfado porque ha merecido la victoria, porque los que aceptamos hoy la situación creada, habríamos inclinado, la mansa cabeza a la omnipotencia de un Comité de Soldados Obreros, o a la Monarquía absoluta de don Alberto Edwards secundada por las armas, o a cualquiera fuerza activa que valiera más que nuestro espíritu deprimido, egoísta y utilitario.

Estoy en desacuerdo con mis colegas en que la tranquilidad en que se desenvuelve la actual revolución es un título que se pueda colgar al cuello de los vencedores. Ella se debe a la cordura, prudencia, apatía o temor de los vencidos, y a la indiferencia de la opinión pública. ¡Pobre opinión pública! ¡Pobre conciencia nacional! ¿Quién las conoce? ¿Cuándo habló jamás? ¡Esfinge enorme en medio del desierto de nuestra vida, su sonrisa enigmática bien pudieran atribuírsela en actitud aprobatoria todos los políticos del pasado y todos los triunfadores del presente.

Ojalá que mis ilustres compañeros, en su totalidad, decidan de hoy en adelante contribuir a formar esa opinión pública, esa temida y zarandeada opinión que constituye el desvelo de todos los hombres timoratos y que tan bien la saben aprovechar los buenos y malos audaces!

Si «la opinión extranjera» quiere escuchar la voz de un ínfimo escritor que no está de acuerdo con los que suscriben el manifiesto de los escritores y artistas de Chile, sepa que él no formará jamás detrás de la cauda luminosa de ningún movimiento militar, porque humildemente piensa que es una desgracia más, un peligro mayor para la República, un arma de dos filos que puede herir a los que la esgrimen hoy con la mejor intención y, lo que es peor, a la pobre Nación, que se presta para que en ella se ensaye esta peligrosa «operación quirúrgica...»

FERNANDO SANTIVAN



(1) Véase el sorprendente manifiesto en el número pasado del *Repertorio*.

El contagio militarista

El ex Presidente Alessandri, pobre, amargado y triste, comenta desde tierra extranjera la situación de su patria. Con visión certera, cree Alessandri que la democracia suramericana está amenazada de un grave peligro: las dictaduras militares. Por que teme él que sea contagioso el cuartelazo de Chile.

Al hacer esta profecía, Alessandri no ha tenido sino que anotar lo que ha venido ocurriendo en la historia contemporánea: Mussolini aherrojó las libertades públicas y estableció la dictadura en Italia; poco después Primo de Rivera hizo igual cosa en la libre España, y allí cada día es más precaria la situación de los ciudadanos independientes; los militares chilenos, sugestionados por el brillo de sus espadas y por el ejemplo español, resolvieron que, puesto que ellos tenían la fuerza, debían también tener el poder, y pusieron los códigos debajo de las mesas.

¿A que país suramericano le tocará ahora el turno? Demos gracias a los hados de no tener aquí ni ejército brillante ni generales prestigiosos, que se dejen llevar de la tentación de poner sus sables en la balanza de los destinos públicos. Nuestro modestísimo organismo militar y nuestra modestísima oficialidad, nos pone a cubierto, por ahora, de aventuras cuartelarias, que darían al traste con nuestra nacionalidad, tan trabajosamente cimentada. No fomentemos la casta militar, y, exentos de todo peligro exterior, descartemos, como una pesadilla, todos los planes de crear ejércitos formidables que principiarán por arruinarnos y acabarán por esclavizarnos.

En Bolivia existe de hecho una dictadura militar, reñida con la opinión pública; en el Perú, el señor Leguía ha hecho una administración a base de atracción a las masas populares, y persecución a la aristocracia, combinada con una buena dosis de bayonetas; en Venezuela, sin los soldados, el General Gómez no duraría ni un momento en el Poder. En estos países, pues, los sucesos de Chile no servirán sino para hacer más virulenta la infección militar. Quedan expuestos a ella el Brasil y la Argentina, que mantienen en pie grandes ejércitos y generales de muchos entorchados. Ojalá en estos dos países los servidores de la demoracia tengan la energía suficiente para atajar el mal y salvar las instituciones. Si así no fuere, si tras de Chile cayeren una a una bajo el tacón militar las demás repúblicas de este Continente, hagamos un esfuerzo supremo para que le quede a Colombia el imperecedero honor de ser el asilo de la libertad y de la democracia.

(De El Tiempo, Bogotá).

Sastrería LA COLOMBIANA

Francisco Gómez Z.

Ofrezco a mi clientela un surtido completo de casimires, y en la confección de trajes, prontitud y garantía.
Calle del tranvía, frente a la tienda Kepfer.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTEROS.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Doctor ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

TELÉFONO N° 899 — Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.
25 varas al NO. de la Artillería.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS ma, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Double, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS SIROPES
Kola, Zarza, Limonada, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

"SASTRERIA AMERICANA"
AL HOTEL FRANCES

San José Costa Rica

NUESTROS TRABAJOS SON GARANTIZADOS

LARGA PRACTICA EN NUEVA YORK

Ladies and Gentlemen Taylor

Propietario: Juan Piedra H^{no}